

- 1º. Conoce bien al mundo.
- 2º. Vive como hombre honrado.
- 3º. Procura ganar dinero.
- 4º. Conserva lo que ya tienes.
- 5º. Aspira a grandes cosas.
- 6º. Procúrate amigos.
- 7º. Frecuenta la alta sociedad.
- 8º. Procura comer bien.
- 9º. Esquiva la melancolía.
- 10º. Evita la singularidad, la rusticidad, la grosería y la beatería.

79. Jamás ha estado el mundo tan corrompido como en la hora presente, porque jamás ha sido tan sagaz, tan prudente a su manera ni tan astuto. Utiliza tan finamente la verdad para inspirar el engaño, la virtud para autorizar el pecado, las máximas de Jesucristo para justificar las suyas, que incluso los más sabios según Dios son víctimas de sus engaños. «El número de sabios según el mundo, o de esos locos según Dios, es infinito (Si 1, 15).

2. Triple aspecto de la sabiduría mundana

80. La sabiduría terrena de que nos habla Santiago es el amor de los bienes de la tierra. De esta sabiduría es de la que hacen profesión secreta los sabios del mundo, cuando apegan su corazón a lo que poseen, cuando ambicionan riquezas, cuando emprenden pleitos o buscan sutilezas inútiles para tenerlos o mantenerlos, cuando no piensan, ni hablan, ni obran la mayor parte del día sino con miras a lograr o a conservar algún bien temporal; cuando, si se preocupan de su salvación o de los medios de alcanzarla, como la confesión, oración, etc., lo hacen a la ligera, por salir del paso, por intervalos y para cubrir las apariencias.

81. La sabiduría carnal es el afán de gozar. De esta sabiduría es de la que hacen profesión los mundanos cuando no buscan sino el goce de los sentidos; cuando gustan de banquetear; cuando alejan de sí cuanto puede mortificar o incomodar al cuerpo, como los ayunos, las austeridades, etc.; cuando solamente piensan en comer, en beber, en gozar, en divertirse y en pasarlo lo mejor posible; cuando buscan la molición en el dormir, los juegos divertidos, los festines deliciosos y las compañías alegres, y, tras de gozar sin escrúpulo alguno de cuantos placeres han podido conseguir sin disgustar al mundo y sin perjudicar su salud, buscan el confesor menos escrupuloso (con ese nombre designan a los confesores relajados que no cumplen con su deber), para obtener de él a bajo precio la paz en su vida muelle y afeminada y la indulgencia plenaria de todos sus pecados. He dicho a bajo precio, pues estos sabios según la carne no quieren por penitencia ordinariamente sino algunas oraciones o limosnas, porque odian cuanto pueda afligir al cuerpo.

82. La sabiduría diabólica es el amor a la estimación y a los honores. Los sabios del mundo hacen profesión de esta sabiduría cuando aspiran, aunque en lo más recóndito de su corazón, a las grandezas, a los honores, a las dignidades y a los altos cargos; cuando buscan el ser vistos, estimados, alabados y aplaudidos de los hombres; cuando en sus estudios, en sus trabajos, en sus luchas, en sus pa-

labras y en sus actos no ambicionan sino la estimación y alabanza de los demás, el pasar por personas devotas, por grandes sabios, por militares famosos, por sabios jurisconsultos, por gentes de mérito infinito y excepcional o de gran consideración, cuando no pueden soportar que se les humille o se les reprenda, cuando ocultan lo que tienen de defectuoso y hacen ostentación de lo bueno que poseen.

83. A ejemplo de Nuestro Señor Jesucristo, la Sabiduría encarnada, debemos detestar y condenar estas tres formas de la falsa sabiduría para adquirir la verdadera: la que no busca el propio provecho, la que no se cría ni en la tierra ni en el corazón de quienes viven despreocupadamente y la que aborrece cuanto es grande y elevado en el concepto de los hombres.

II. Sabiduría natural

84. Además de la sabiduría mundana, que es reprochable y perniciosa, existe también una sabiduría natural entre los filósofos; esta sabiduría natural era la que los egipcios y los griegos buscaban con tanto afán (1 Co 1, 22). Quienes lograban esta sabiduría recibían el nombre de sabios o magos. Esta sabiduría consiste en un conocimiento eminente de la naturaleza en sus principios. Fue plenamente comunicada a Adán en su estado de inocencia y otorgada en abundancia a Salomón, y en el andar de los tiempos, algunos hombres célebres recibieron parte de ella, como nos lo enseña la historia.

85. Los filósofos ponderan sus argumentos de filosofía como medio de adquirir esta sabiduría. Los alquimistas encomian los secretos de su «cábala» para dar con la piedra filosofal, en la cual se imaginan que está encerrada esta sabiduría

(Filosofía y alquimia. - En tiempo de Montfort la verdadera química, es decir, la ciencia de los cuerpos no había nacido o se hallaba en mantillas. En cambio como lo prueba el testimonio del siervo de Dios, la alquimia que buscaba un modo artificial de fabricar oro y plata a poca costa, estaba en boga y, al decir del misionero, hacía no pequeños estragos en los espíritus y también en las haciendas. Montfort quiere prevenir a los incautos contra este peligro. Respecto de la filosofía, aquí puntualiza el Santo lo que entiende por este término y lo que la filosofía especulativa, como tal, no puede dar).

En verdad, la filosofía de la Escuela, estudiada cristianamente, abre el espíritu y le prepara para las ciencias superiores; pero jamás comunicará esta pretendida sabiduría natural, tan alabada en la antigüedad.

86. La química o alquimia, o sea la ciencia de disolver los cuerpos naturales y de reducirlos a sus principios, es aún más vana y peligrosa. Esta ciencia, aunque cierta en sí misma, ha embaucado y engañado a infinidad de gente con relación al fin que se proponían, y no dudo lo más mínimo, dada la experiencia que de ello tengo yo mismo, que el demonio se sirve hoy de ella para hacer perder el dinero, el tiempo, la gracia y hasta el alma con el pretexto de hallar la piedra filosofal.

No existe ciencia alguna que prometa la realización de mayores cosas y por medios más aparentes. Promete la